GRANDES CATEQUISTAS

Don Andrés Manjón. Sus escuelas y su método.

Discurso leído por el Sr Pedro Da Costa Gómez en el Salón de Actos del Seminario Interdiocesano.

Figura mundial

CUATRO lustros van a cumplirse el 13 de julio del año en curso del fallecimiento de un sacerdote español calificado de **genio pedagógico** por un crítico alemán contemporáneo; y cuya causa de beatificación fué postulada por el ayuntamiento de Granada; este sacerdote es D. Andrés Manjón y Manjón. "Para encontrar términos de comparación de esta figura extraordinaria —escribe de él Rufino Blanco y Sánchez— hay que buscarlos en D. Bosco, en San Juan Bautista de la Salle y en San José de Calasanz"; y en su reciente "Historie de la Pedagogie" Riboulet traza de Manjón estos rasgos: "Manjón no fué sólo un organizador de primer orden; fué un **iniciador**, por el empleo de los métodos llamados nuevos... Ha inventado numerosos procedimientos ingeniosos que sus discípulos practican y cuyos resultados prueban su eficacia".

La figura de Manjón como pedagogo es hoy mundial, como su obra. "En diversas exposiciones de enseñanza religiosa celebradas en Luxenburgo, Lovaina, Tournai, he podido notar —escribe el P. Otaola— el interés que se tiene en el extranjero por el método manjoniano".

Sin embargo —preciso es confesarlo— a Manjón no se le hace aún los honores a que es acreedor por su obra y por su método. Si en el mundo de la pedagogía su fama no es hoy igual o superior —como debe serlo— a la de Montessori, Pestalozzi, Decroly y otros, débese a que con él se ha repetido ese lamentable fenómeno que ha relegado al olvido a tantas glorias españolas, sólo por el delito de ser españolas y de ser católicas, mientras se rinde culto a falsas deidades protestantes o roussonianas.

La pedagogía de Manjón no es sólo más original, realista y completa que la de estos ídolos de la llamada **escuela nueva**, sino que ofrece para nosotros la invalorable ventaja de estar basada sobre la realidad físico - psicológica al tipo español - andaluz, que es nuestro mismo tipo. Por eso duele comprobar que en nuestro afán de modernizar nuestra enseñanza y, en concreto, nuestra metodología catequística, vayamos a mendigar inspiración y luces en autores y ensayos extranjeros que desconocen nuestro medio y nuestra idiosincracia, cuando en nuestra misma casa, por decirlo así, tenemos ensayos y creaciones, que como la de Manjón, deben ser orgullo y prez de nuestra raza.

Levantar un poco el velo del olvido que oculta esta genial figura, he aquí el propósito de este modesto estudio, para el que reclamo vuestra benevolencia.

* * *

Como todos los genios de la pedagogía, fué Manjón eminentemente empírico. En él los razonamientos lógicos se suceden en postrer lugar. Su pedagogía no es producto de disquisiciones científicas, ni de largas trasnochadas; ella nace de la escuela, a la vista y contacto con los alumnos, frente a la infantil asamblea. Más, pues, que en sus escritos (por lo demás numerosos) es preciso estudiarle

en su obra: su obra por excelencia **Las Escuelas del Ave - María.** He aquí por qué he creído conveniente ofreceros, un somero bosquejo sobre el origen, desarrollo y características de la Escuela Manjoniana, antes de estudiar su pedagogía.

* * *

La Escuela Avemariana

Dos años de sacerdocio y 44 de edad contaba Manjón cuando dió comienzo en 1888 a la obra de sus escuelas a raíz de un incidente tan pintoresco cuanto extraño, que él mismo nos describe así: Allá por el año 88 del siglo que pasó, revolvía en mi mente la idea de fundar una escuela para niños pobres del Camino del Sacro - Monte de Granada. Un día en que montaba en una pollina, único automóvil por entonces usado, iba de la Colegiata del Sacro - Monte a la Universidad de Granada, donde era catedrático de Derecho, oigo, a poca distancia del camino, canturrear a un grupo de niñas y párvulos gitanos en su mayoría, presididos por una mujer pequeña de estatura y no bien nutrida ni trajeada, quien había plantado entre aquellos verdes nopales y ahumadas cuevas un centro de educación para su ayuda y sostenimiento, y a quien sus discípulos llamaban "Maestra Migas"... Aquella mujer pobre, ignorante y neurasténica —añade Manjón— me enseñó mucho más que los ilustrados amigos y cuerdos consejeros que me decían que era locura fundar para tales gentes escuelas en el Camino del Sacro - Monte: Y a una tal maestra debieron las Escuelas del Ave-María su nacimiento".

En efecto, señores, Manjón trasladó a la "Maestra Migas" con sus discípulos a una cueva con casa en el camino del Sacro - Monte. Al principiar el primer año los 14 alumnos del principio eran 200; Manjón entonces adquirió para ellos, al orillas del Darro, el 1º de sus ocho **Cármenes**, es decir, una casa de campo con jardín y huerta.

A la muerte del Fundador en 1923 las Escuelas del Ave-María contaban con 400 centros en Europa y América.

¿Y cuál es la característica de las Escuelas del Ave-María?

En lo material la escuela avemariana se caracteriza por **su tendencia al campo.** Manjón que en su niñez —como él mismo narra— había experimentado las estrecheces y miasmas de la mísera escuela de su pueblo natal en Burgos, odia el edificio escolar urbano de altos muros, sin sol y sin jardines; "yo daría —dice— por una modesta quinta rural todas las magniificencias de un colegio urbano"; por eso él elige para sus escuelas el carmen granadino, risueño, saludable, espacioso, con clases al aire libre, a la sombra de los árboles, con sus grandes mapas de relieve construídos en el suelo o sumergidos en grandes estanques que simulan el mar con sus islas, golfos y estrechos... En la escuela manjoniana sólo una mínima parte es edificio, casi todo es jardín, paseos, fuentes, vida campestre en una palabra.

Y es **mérito**, señores, de Manjón haber establecido el primero en el mundo a las orillas del Darro, este tipo de escuela al aire libre, hoy tan en boga, 16 años antes que el gobierno alemán hiciera de ella el primer ensayo en Chalottemburgo en 1904.

* * *

No sin dolor, señores, paso por alto en esta exposición, en bien de la brevedad, las razones, dignas de ser meditadas ,que obraron en el espíritu de Manjón para acoger como alumnos de sus escuelas a los pobres y entre estos preferentemente, **a las niñas.** Pero tiempo es ya que os hable de su método pedagógico, de ese método genial que con tanto fruto ha reproducido en sus escuelas de Huelva el gran admirador e intérprete del pensamiento manjoniano, Mons. Manuel González, Obispo de Málaga, quien no ha hecho sino aplicar a la catequesis los principios pedagógicos de Manjón, como podréis apreciarlo a través de las frecuentes citas que de él haré.

Principios pedagógicos de Manjón

Como principios de la metodología escolar de Manjón podemos considerar los siguientes:

Primer principio. "El maestro hace la escuela". — Dice Manjón en uno de sus escritos: "Muchos preguntan por el reglamento y modo de ser de las escuelas del Ave - María. ¿Queréis que redacte un Reglamento con un solo artículo? Hélo aquí: El maestro hace la escuela;

buscad un buen maestro y él os dará la escuela y el reglamento". "El alma de la escuela es el maestro y el alma del maestro es el amor".

En su obrita "Partiendo el pan a los pequeñuelos" Mons. González ha interpretado, aplicándolo a la catequesis, este principio manjoniano de la manera siguiente:

"Para mí —dice Mons. González— todo lo que sobre pedagogía catequística hay que decir se encierra en este sencillísimo principio. **La catequesis es el catequista.** Si se ha dicho que la escuela es el maestro y que será mejor escuela aquella que tenga no el mejor local, ni el más rico material pedagógico, sino el mejor Maestro, por la misma razón puede afirmarse que una catequesis es su catequista.

Dadme un catequista con vocación,... con la preparación intelectual adecuada, que trate primero con el Corazón de Jesús en el Sagrario lo que va a tratar después con los niños y que sobre todo, **ame a estos...** dadme un catequista así y no me digáis ya que ese catequista no puede enseñar... porque le falta material docente, cuadros murales, proyecciones cinematográficas, etc... Dadme en cambio técnicos, oradores, especialistas, pedadogos, derrochadores de premios, de reglamentos, de planes y procedimientos gráficos, pero vacíos de Cristo o más llenos de otras cosas que de Cristo y os empeño mi palabra de que se ha perdido el tiempo, la saliva y el dinero y la muchedumbre no se ha hecho cristiana".

De este principio de que "la escuela la hace el maestro" deduce Manjón la **importancia secundaria** del texto en materia de enseñanza. Hablando en concreto del texto de Catecismo se pregunta Manjón: "Cuál será el Catecismo que nos servirá de texto: Y responde: "el que esté aprobado y en uso en cada diócesis.— ¿Pero es que cualquiera sirve y basta? Habiendo buenos catequistas —dice— cualquier catecismo sirve; pero sin ellos, ninguno basta. Catequizar no es obra de intelectuales, ni de oradores, ni de sabios, ni de libros; es obra de apóstoles"...

Segundo principio. — "Los niños —dice Manjón— son niños y al entrar en la escuela no dejan de serlo". Y luego añade: "Si queremos que nuestra enseñanza llegue a la mente del niño, no hay que olvidar que éste no es solo unos oídos que oyen, sino que es también unos ojos que ven, unas manos que palpan, unos piés que corren y un cuerpo que tiene contínua necesidad de moverse; y mientras más parte se dé en la instrucción a todo esto, tanto más completa y perfecta será".

En su obrita citada y en relación con la catequesis, Mons. González se hace eco de este principio de Manjón, en los términos siguientes: **"No hay que pedir peras al olmo o sea que los niños son niños...** Explicar la doctrina, sea la materia que sea, en tono y dimensiones de sermón, mantener sentados y con los brazos cruzados a cuerpecillos más de azogue que de plomo, empeñarse en entendérselas directamente con inteligencias adormiladas o empezándose a despertar, sin buscar la recomendación y auxilio de unos ojillos chispeantes, de unas manos y unos pies en movimiento, perpetuo y de unos nervios disparados y de una sangre hirviente... obstinarse en que los niños piensen, quieran y se conduzcan **a lo hombre...** ¿no son casos tan repetidos como castigados por incomunicaciones perennes entre el enseñando y el enseñante, amén del fastidio y disgusto de aquél y la decepción, si no la rabia, de éste?

De este principio de que los niños son niños aún en la escuela, dedujo Manjón su **gran fórmula pedagógica,** que sintetizó en esta frase inmortal: "El Ave-María —dice— aspira a enseñar jugando y a enseñar viendo y haciendo para educar enseñando".

"Enseñar jugando"

"El Ave - María —dice Manjón— aspira: 1º **a enseñar jugando.** Por eso él repetía constantemente a sus colaboradores: "Sed maestros en el saber y niños al enseñar"; "jugad —les decía otras veces— jugad con vuestros alumnos. ¿Al niño le gustan los juegos? Pues enseñad jugando. ¿Le gustan las batallas? Pues estimulad rivalizando. ¿Le enamoran las flores y las aves? Pues educad entre pájaros y flores. ¿Le arrebatan los fusiles, banderas y cornetas? Pues formadle en batallón con banderas, cajas y trompetas. Y secundando con modos sencillos e ingeniosos las aficiones y tendencias de los niños, lograréis más de ellos que con actos de violencia y educación de artificio y convenio..."

En relación con la catequesis, Mons. González se expresa así sobre este principio pedagógico de Manjón: "La fórmula de **enseñar jugando** —dice— que tan tenaz y fructuosamente ha predicado el gran pedagogo D. Andrés Manjón, es la fórmula exacta de una instrucción adecuada en sus procedimientos, eficaz en sus resultados, amena en su ejecución y sorprendente en sus alcances. Pues bien, yo procuro enseñar el Catecismo a mis niños haciéndome cuenta que voy a echar un rato de juego con ellos.

"En mi catecismo —continúa— los niños hacen de predicadores del Evangelio del día, reproduciéndolos por sí mismos, haciendo uno el papel de Jesús (deseado por todos) otros de enfermos, pecadores, turba, fariseos, escribas, etc., (cargos los últimos no muy apetecidos), representan o practican el catecismo oficiando de peticiones del Padre nuestro, de mandamientos de Dios o de la Iglesia, de Sacramentos, de virtudes, de vicios o de tentaciones y hablando, discutiendo o portándose cada persona según su papel; y como en todo esto, los niños se levantan, se sientan, andan de un lado para otro, ejercitan la propia inventiva en perfilar el tipo que representan y sobre todo, se ríen a más no poder, he conseguido entre otras ventajas: primera, que vayan con gusto al Catecismo; segunda, que se enteren del Evangelio, del Catecismo, de la vida cristiana, y tercera que las personas mayores, dejándose llevar del atractivo y de la amenidad del cuadro, se aficionen a asistir al Catecismo parroquial" (hasta aquí Mons. González).

* * *

Ventajas de este método

¿Qué se logra con estos juegos, con esta manera de **"enseñar jugando"**?

Por de pronto se logra solucionar los dos problemas capitales de la pedagogía catequística, problemas que son la pesadilla de todos los catequistas, a saber, **el problema de la atención y el de la atracción o asistencia.**

Se soluciona 1º el problema de la atención, porque la clave para obtenerla no está, como a veces se piensa, en contrarrestar o en neutralizar la naturaleza del niño, tratando por medio de amenazas o castigos que se esté quieto sentado en un banco, con los brazos cruzados, (lo cual fuera de que es imposible es antipedagógico); dicho secreto está, como enseña Manjón, en "**secundar** con modos sencillos e ingeniosos las aficiones y tendencias naturales de los niños..." Es decir, es valerse de su misma innata inquietud y movilidad, encauzándola y orientándola hacia la catequesis.

Y para esto no existe fórmula ni método más adecuado y eficaz que el gran método Manjoniano de "enseñar jugando". Al menos ni Manjón, ni Mons. González encontraron otro más a propósito para sus niños andaluces, ni creo que existe otro para los niños venezolanos.

Segundo: la fórmula de enseñar jugando soluciona el problema de la atracción o asistencia de los niños al catecismo. En efecto, para lograr esta asistencia una cosa se **requiere y basta**: esta cosa es el **interés y gusto** de los niños por el Catecismo. Y este **interés y gusto** se obtiene, si el Catecismo lejos de ser para los niños una hora o una media hora de canturreo, de inacción, de aburrimiento, les proporciona ratos de sana expansión en los que la doctrina se vaya calando en sus almas con la misma insensible suavidad con que penetra la lluvia las tierras arenosas.

No fué otra la clave del éxito en materia de asistencia de las catequesis de Manjón y de Mons. González, quienes son enemigos acérrimos de los premios materiales como medios de atención como **paga estipulada u ofrecida** por la asistencia... ya que convierten el Catecismo en **medio** para obtener juguetes, ropa y otros regalos... con desprestigio de la doctrina, con detrimento de la eficacia de sus enseñanzas y con amarguras para el catequista quien en la imposibilidad de satisfacer los gustos y exigencias de todos, se verá convertido en blanco de las murmuraciones y críticas de los niños y de sus padres.

En atención a quienes pudieran objetar dificultades en contra de la aplicabilidad de este método manjoniano de "enseñar jugando", voy a cerrar estas reflexiones con las siguientes palabras del mismo Manjón: "Si os acordáis de que fuísteis niño y de que los niños de hoy son como los de entonces, hallaréis en vuestra propia vida muchas lecciones aprovechables para ordenar y perfeccionar la vida de los niños y adolescentes que os encomienden. **Recordad vuestra pasión por el juego y enseñaréis jugando...**"

Enseñar "viendo y haciendo"

"El Ave - María —dice Manjón— aspira a enseñar viendo y haciendo". Manjón, parte del supuesto hoy comprobado por la psicología, que "educan más al niño —son sus palabras— los ojos que los oídos y más los hechos que las palabras y más la acción propia que la ajena". Por eso su aspiración es que el niño vea lo que ha de aprender, que lo toque y palpe; y si no puede la cosa misma, al menos su imagen; y si es posible, que la reproduzca. "Unid —dice en uno de sus escritos— a la palabra la imagen o representación de aquello que se habla y mejor, si podéis, la cosa misma y que los educandos la vean, oigan, gusten y palpen, siempre que sea posible. Añadid a esto la acción del educando, haciendo que alterne con el educador en la conversación y ponga en práctica y acción cuanto le estáis diciendo... Si pues escribir —continúa— es más sensible que leer empiece el niño por hacer rayas y letras y cuando las sepa hacer las sabrá decir. Si contar cosas es más sensible que hacer números, cuente (el niño) avellanas, confites, dedos de la mano, piedras... y después escriba lo contado y cuente por números".

De este principio de que más fácilmente se aprende lo que se ve que lo que se oye, y lo que se hace que lo que se ve hacer, nace en Manjón su predilección por el **método histórico** en la catequesis. "Si quieres ¡oh maestro —dice en uno de sus escritos— secundar el plan de Dios en la educación y formación del hombre, si deseas acomodar tu enseñanza a la psicología del niño... si quieres subir del hecho a la doctrina, de lo conocido y sensible a lo no conocido y abstracto, empieza por la Historia de la Religión, continúa con la Historia y nutre a tus alumnos a "los pechos de la fecunda Historia". (San Agustín).

Plenamente acorde con Manjón está en este punto Mons. González. "Dadles a los niños —escribe— más historia de Evangelio que lecciones de Texto de Catecismo; procurad que conozcan primero quién fué Jesús, qué hizo, en dónde vivía y en dónde sigue viviendo y después lo que enseñó con su palabra... El libro del Catecismo —agrega— es demasiado pesado para el niño. Empecemos por el Evangelio, que es libro por excelencia de la primera enseñanza, por hacerles conocer y amar al Divino Maestro, antes de darle, bajo forma pedagógica, su doctrina. ¿Por qué empeñarse en enseñar como una lección, lo que puede enseñarse como una historia? Se ha olvidado, desgraciadamente que no son los mejores cristianos los que mejor saben Teología, sino los que más firmemente creen y más lealmente se unen y aman a Jesús".

No quiero, señores, abusar por más tiempo de vuestra paciencia. Por eso omito el exponeros aunque fuera brevemente el pensamiento de Manjón sobre el cultivo de la memoria en la catequesis, sobre el empleo de los ejemplos y del castigo, etc. Pero lo dicho basta para formarse alguna idea de la personalidad inmensa de Manjón, del valor imponderable y práctico de su método que bien merece el honor de ser tenido muy presente por el próximo Congreso Catequístico Nacional.

He dicho.

Pedro Da Costa Gomez